

frieron hace diez y ocho siglos, sellando con su sangre la verdad evangélica. Porque la fe fué predicada y establecida aquí en Roma, por los príncipes de los Apóstoles, esta ciudad ha sido siempre fecunda en héroes, que constantemente, y a cual mejor han marchado generosamente sobre sus huellas. « Unde (como lo ha hecho notar San Leon) *duo ista præclara « divini seminis germina in quantam sobolem pullularint beatorum millia martyrum protestantur, quæ apostolicorum « æmula triumphorum, Urbem nostram purpuratis et longe lateque rutilantibus populis ambierunt, et quasi ex multarum « honore gemmarum conserto uno diademate coronarunt.* » (San Leon, *serm. LXXXII, in Nat. App. VI*). La fiesta incomparable de este aniversario secular será, pues, distinta de la de la canonizacion de un gran número de bienaventurados que adquirieron los unos la palma de los mártires, los otros la auréola de los confesores.

¡Reflexionad en lo que constituye la gloria del cristianismo, la gloria tambien de esta Roma apostólica! ¡Cuántos siglos han pasado desde que Pedro y Pablo murieron y cayeron invictos bajo la inicua sentencia del mas cruel de los tiranos, y cuántos acontecimientos han cambiado y trastornado la faz del mundo! Los perseguidores mas sanguinarios del nombre cristiano se encendieron, rivalizaron á competencia en crueldad, y con execracion de todos, desaparecieron de la superficie del mundo. El imperio pagano de la misma Roma cayó estrellado bajo el peso de sus grandezas y de sus crímenes. Las invasiones de los bárbaros vinieron y rehicieron, con elementos nuevos, los pueblos y las naciones de la antigüedad. Leyes, ciencias, costumbres, lenguas, todas las cosas en una palabra, ó tomaron un aspecto nuevo, ó bien desaparecieron para siempre.

Y a pesar de esta mudanza general, la Cátedra sola de Pedro, desafiando siempre a las puertas del infierno, no ha sido jamas trastornada; en medio de todas las trasformaciones a las que ha sido sometida la sociedad universal, esta institucion única (lo que prueba su origen divino) está aún de

pié y se perpetuará siempre intacta é inalterable en su doctrina y en su poder moral; tan cierto es que la fe de Roma cristiana atraviesa los siglos, cierta de contarlos todos hasta su consumacion. ¿Quién de los soberbios filósofos ó de los orgullosos potentados del paganismo hubiera podido jamás imaginar, hace diez y ocho siglos, que, para operar semejante prodigio, bastaria la llegada de un pobre pescador de Galilea y de otro Judío, su émulo en el apostolado, y despues su compañero en el martirio? ¿Cuál es aquel que, a la vista de la cruz, que fué el patrimonio de Pedro, y de la espada que cortó la cabeza de Pablo, no hubiera pensado que con el último soplo de su vida se hubiera perdido el eco último de su comun predicacion? Pues bien, lo que hubiera parecido imposible al error y al orgullo del hombre, Dios lo ha hecho, y diez y ocho siglos dan testimonio de ello por un hecho continuo y único en la historia de las generaciones humanas.

Y hoy que la impiedad de estos últimos tiempos, que esta completa incredulidad que no cuenta cien años desde su origen y, en la prosecucion de sus atentados, cree poder, ella, poner fin a este hecho eminentemente divino, porque ella se ha hecho la heredera de todas las cóleras del paganismo y del odio de todos aquellos que se trasmiten de edad en edad la mision de ultrajar la vida, la firmeza y los progresos de la palabra de Pedro y de Pablo, importa revivir más que nunca las convicciones y la vivacidad de nuestra fe; así esta fiesta secular que es como la compensacion de las rudas batallas que ha tenido que sostener en nuestros dias la religion, volverá mas solemne la certidumbre que tenemos de la indefectibilidad de la Iglesia, de la grandeza tambien de esta Roma, que, por la Sede Apostólica, es el centro de unidad de toda la Iglesia, al mismo tiempo que ella es el punto más brillante.

Reservándonos el anunciar por otros *Inviti*, las funciones sagradas que tendrán lugar, en esta dichosa circunstancia, en la basilica Vaticana, el dia de la fiesta, y en la basilica

«A pesar de este concurso enorme de extranjeros, que llenaba nuestras calles y daba a nuestra ciudad un aspecto extraordinario de vida, no cesó de reinar el orden mas perfecto, el gozo estaba en todos los semblantes, y la alegría en todos los corazones.

«No hay tren de camino de fierro que no lleve a Roma mas de doscientos sacerdotes, en medio de los cuales se encuentran siempre diez ó doce obispos. Desde que estos obispos y estos sacerdotes, a algunas millas de Roma, descubren la cúpula, entonan el *Magnificat* ó el *Te-Deum*. En Civita-Vecchia se les ve, que al salir de la góndola, se postran y besan el suelo sagrado de la Iglesia, este suelo conquistado hace diez y ocho siglos por la sangre de los mártires, defendido hace tan poco tiempo por la sangre de Castelfidardo, y destinado sin duda alguna a ser frecuentemente

No es posible se verifiquen semejantes hechos, sin ser seguidos de los mas grandes resultados. El mundo no podrá permanecer insensible ante semejantes espectáculos. Ya los periódicos revolucionarios de Italia se han puesto en movimiento. Los unos dicen que lo que pasa en Roma y en Florencia ofrece un contraste de los mas patentes; que, por un lado, se ve una institucion decrepita y un anciano próximo a descender a la tumba, remover al mundo con una palabra, y producir actos de una fuerza, de una union, de una energía, de un poder que revelan una vida extraordinaria; miéntras que la Italia nacida de ayer, y llena de savia y de juventud, no presenta a las miradas contristadas, sino division profunda, ruina y miseria; los otros declaran que lo que acaba de pasar en Roma ha retardado por «cien años» la solucion de la Cuestion Romana.

Sí, podemos decir, *los quinientos doce* cardenales y obispos, *los veinte mil* sacerdotes y *los cien mil* católicos venidos de todas las partes del mundo, forman la mas magnífica reunion que los anales de la Iglesia hayan todavía registrado, han afirmado, por la mas imponente de las manifestaciones, la necesidad del poder temporal del Papado, y han tomado posesion de Roma a nombre del catolicismo todo entero. En lo sucesivo, Roma no pertenece mas a los Romanos, sino a los católicos de todos los países y de todas las naciones. A ellos es á quienes importa, en lo de adelante, socorrer y defender con sus oraciones, con su bolsa y sus brazos una institucion indispensable para todos, para la Iglesia y para la sociedad.»

todavía y hasta la consumacion de los siglos regado con la sangre de los verdaderos cristianos.

«En el paradero central, los peregrinos encuentran a su llegada a numerosos amigos y una multitud de pueblo. De ambas partes se saludan con aclamaciones a Pio IX. La atmósfera de Roma está como perfumada de santo entusiasmo, y el Romano está orgulloso con recibir tales huéspedes.»

Y ahora, si se quiere saber cuál es el verdadero espíritu de la Italia, que se comparen con estas magníficas fiestas, sin precedente en la historia de la Iglesia, el miserable resultado obtenido por el gefe de los filibusteros piamonteses.

Escriben de Roma a la *Gazette de France*:

«Vos conoceis el proyecto que ha tenido Garibaldi de oponer una reunion masónica a la reunion de los obispos. Los diarios de Nápoles nos refieren el miserable éxito de esta tentativa: *poco más de treinta masones han sido exactos a la cita*; ellos riñeron a propósito de la iluminacion de su sala, que era de aceite de petróleo y que querian aceite de olivo; despues se injuriaron, han declarado que su presidente, M. de Luca, merecia ser quemado vivo, y se han separado despues de haber demostrado la imposibilidad de un avenimiento. Hé aquí lo que los fanáticos han opuesto a las Fiestas del Centenario.»

de San Pablo, extramuros, el día siguiente nosotros mandamos, esperando despues las órdenes de Su Santidad, el ejercicio de la novena ordinaria de los Santos Apóstoles en todas las iglesias de esta augusta ciudad, lleno de confianza que en todas partes, en vista del aniversario Centenar, se apresuran a celebrar esta novena con el mayor brillo y devoción posibles.

(Siguen algunas disposiciones relativas á la novena.)

Deseamos que al medio día, la víspera de la fiesta, todas las campanas de las iglesias repiquen a todo vuelo durante una hora, a fin de invitar a los fieles a tomar parte en la santa alegría de las glorias apostólicas.

Recomendamos tambien en el Señor la observancia ya prescrita del ayuno y de la abstinencia durante la vigilia. Todo sazon con manteca está prohibido.

Pero nos congratulamos al anunciaros al mismo tiempo la benévola dispensa concedida por el Santo Padre, para el día de los Santos Apóstoles y de la canonización, que cae este año en sábado. Será permitido, por esta vez solamente, comer de carne en regocijo de la solemnidad secular.

Todos los homenajes que vamos a tributar a los Príncipes de los Apóstoles, se los debemos, ¡oh romanos! por muchos motivos; entre otros, por el reconocimiento de los favores que nos han concedido, favores tan numerosos como los siglos y los acontecimientos que han manifestado la providencia de Dios sobre Roma, y por la necesidad extrema que tenemos de su protección apostólica contra las amenazas y los lazos sin número de sus enemigos que son tambien los nuestros. Permitan, así, los dos Santos Apóstoles que los fieles sean consolados en su piedad y los impíos profundamente tocados en su impiedad a la vista del gran espectáculo que ofrecerá, en esta ocasion, Roma y el Pontificado romano; espectáculo imponente en el que el episcopado católico y los fieles de todos los puntos del mundo católico, acudirán, llenos de fe y de respeto, a los sepulcros de Pedro y de Pablo.

Esto nos hace recordar y nos hace ver cumplir a nuestra vista, estas sublimes palabras del *Crisóstomo*, que, ya en su tiempo, exaltaba a Roma y envidiaba las glorias que no han sido desmentidas ciertamente por los siglos que han seguido: ¡Oh dichosa metrópoli! ¡Hé aquí el mas bello título de su grandeza! . . . Hé aquí los derechos gloriosos que la hacen, mas que a ninguna otra, venerable y augusta. Los sepulcros de sus *Apóstoles* son para ella lo que son los ojos para un cuerpo robusto y lleno de salud. La vasta extension de los cielos no brilla, cuando el sol los inunda con sus torrentes de luz, como resplandecen los rayos que se despiden de estos monumentos sagrados, y van a iluminar al mundo todo entero. Desde aquí Pablo, desde aquí Pedro, tomaron su vuelo para subir al reino de los cielos. . . Contemplad, ¡oh hermanos muy queridos! continúa el elocuente doctor: contemplad, con una religiosa veneración, la magnífica escena de que Roma será el teatro el día de la universal resurrección! ¡Qué magnífico don ofrecerá entónces la Ciudad de Roma al soberano dominador que es Dios! ¡Qué rica guirnalda depositará ella a sus piés! Pero, desde hoy, que espléndida diadema corona a esta ciudad! ¡qué fuentes abundantes de vida brotan de su seno! ¡No es, pues, el lujo de su opulencia, concluye el gran orador, ni las columnas sin número de que está adornada, ni el fasto de sus monumentos lo que reclaman nuestros homenajes; yo los reservo para dos cuerpos que forman el ornamento de Roma y el apoyo de la Iglesia toda entera! ¡Ojalá me fuera dado poder ir allí y poder confundirme yo mismo con estos restos preciosos! *Propterea diligo Romam; propterea Urbem admiror!* (*Hom. XXXII in Rom.*)

Comprended bien, ¡oh romanos! vuestras grandezas religiosas, y permaneced dignos de poseerlas siempre!

14 de Junio.

Firmado Patrizzi; vicario de Su Santidad.

Concurso admirable de peregrinos de todas las naciones.

Los fieles han querido seguir a sus pastores. Así el 28 de Junio se escribía de Roma a *l'Union*:

«La afluencia de extranjeros es enorme y excede a todas las previsiones. Se cuentan mas de quinientos cardenales ú obispos, cerca de diez y ocho mil sacerdotes (mañana habrá veinte mil), y mas de cien mil personas de todo rango y de toda condicion. Este es un espectáculo admirable y gloriosísimo para la Iglesia católica. ¡A Roma! gritaban hace algun tiempo Garibaldi y sus camisas rojas, en su odio contra el Papado; ¡a Roma, a Roma! han contestado los católicos, y ellos han venido en un número extraordinario para admirar, venerar, exaltar todo lo que los primeros venian a trastornar y a destruir. La Revolucion, que desborda a todo, se encuentra desbordada por la ola católica que viene a refrescarse a su fuente, y a tomar fuerzas nuevas y una superabundancia de fe y de vida cuyos efectos se harán seguramente sentir en todo el mundo cristiano.*

«Y sin embargo, qué no se ha hecho para impedir y poner trabas a este bello movimiento religioso.† Las calum-

* El gobierno Pontificio ha tomado algunas medidas a fin de favorecer el arribo de los extranjeros y evitarles las molestias de una mudanza larga y fatigosa; a su llegada al paradero, por ejemplo, encuentran suma facilidad para la introduccion de sus equipajes.

El mismo Papa ha querido dar sus órdenes sobre el particular. Se refiere que el Santo Padre, haciendo conocer sus intenciones al baron comendador Constantino Baldini, ministro de comercio y de obras públicas, le recomendó que se mostrase una extrema facilidad para la introduccion a Roma de todo hombre ó de toda cosa. «Sólomente hay dos, repuso él sonriéndose, que os prohibo formalmente que dejéis penetrar: el cólera y las camisas rojas.»

† Se lee en la *Correspondance de Roma*:

«Dos obispos polacos han sido insultados en Venecia. La revolucion no respeta ni aun a los mártires; y esto se concibe, ella

nias, los rumores mas siniestros se han puesto en circulacion; se ha tratado de especular con el pavor, se ha empleado la fuerza, los falsos telégramas, las malas voluntades de toda suerte, de las que os hablaré un poco mas tarde, y a pesar de todos estos medios desleales, no han desviado á un solo católico de su piadosa peregrinacion. Aun más: las poblaciones italianas, admiradas, sorprendidas con un concurso semejante, de los millares de extranjeros que atravesaban todos los dias las calles de sus ciudades para ir a Roma, han despertado de su sopor, y tambien han querido venir a festejar el aniversario secular del martirio de San Pedro. Más de ocho mil de sus sacerdotes y de sus religiosos están en Roma, y cerca de cuarenta mil personas de todo rango, que pertenecen a la Toscana, a las Marcas, a las provincias de Nápoles, han querido depositar sus homenajes, sus oraciones y sus votos al pié del sepulcro del Príncipe de los Apóstoles.

«Semejante movimiento es un hecho muy notable y muy consolador.*

hace a los mártires. Por lo demas, en todas las ciudades de Italia, los obispos y los sacerdotes que venian a Roma han tenido que sufrir los ultrajes de algunos garibaldinos, las mofas de algunos empleados, el menosprecio mal disimulado de las autoridades superiores. Pero en todas partes, un hecho muy consolador, un hecho cuyas consecuencias serán inmensas, al que han dado lugar estas infamias parciales, es la actitud de las poblaciones. «Se hubiera dicho, estas son las palabras de un prelado, que el corazon así como la mirada de los buenos italianos se unian a nosotros; que este corazon nos seguia a Roma y que esta mirada nos suplicaba que los arrodillásemos a los piés del Vicario de Jesucristo, cerca de este rey, de este Pontífice santo que el gobierno insulta, despoja, oprime y persigue en los sacerdotes, en los religiosos, en los habitantes de la provincia pontificia y en ellos mismos.»

*

«Roma, 5 de Julio de 1867

«Importa insistir sobre el magnífico movimiento católico que acaba de tener lugar con ocasion de la fiesta secular del martirio de San Pedro y cuyas consecuencias serán seguramente inmensas.